Al rasgarse entrelazados, como acabamos de presenciarlo, el estandarte de Castilla y el pendón tricolor colombiano que cubrían la efigie de Fray Cristóbal de Torres, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, al propio tiempo que tributa un homenaje personal á su genitor, y que celebra de ese modo, por anticipación de pocos meses, el centenario de la Independencia Nacional, deja constancia de que esta obra fue conjunta de España y Colombia, y que si algún carácter tuvo la guerra que la selló fue el de una lucha civil entre hermanos en el terreno meramente político, de ninguna manera el rompimiento de lazos visibles é invisibles que unen á la Madre y á la hija, por cuyas venas corre una misma sangre, en cuyos pechos se anidan los mismos sentimientos y de cuyos cerebros irradian unas mismas ideas.

He dicho.

ORACION GRATULATORIA

DEL SR. COLEGIAL DR. R. M. CARRASQUILLA

Al fin ha llegado este día, tan ardientemente deseado, aguardado con ansia ferviente por largos años; día magno para este Colegio del Rosario, que añade á sus glorias, casi tres veces seculares, nuevo lauro, al pagar una sagrada deuda de gratitud; para los hijos de esta *alma mater* quienes, al contemplar esta efigie de bronce, animada por el soplo creador de eminente artista, nos sentimos protegidos y seguros, como si nuestro Fundador se hubiera levantado del sepulcro en que descansa, allí en la capilla; ó como si su alma hubiera descendido del cielo para morar en medio de nosotros.

Día grande para la Iglesia, que presencia la apoteosis de un hijo suyo devotísimo, de un religioso austero y ejemplar, de un sacerdote, que habría sido digno de tan alto carácter, si hubiera hombre merecedor de lo que haría fla-

Rosario Histórico

quear á los ángeles mismos; de un Arzobispo, de un Pontífice, seguidor muy de cerca de las huellas de los Leandros é Isidoros.

Memorable día éste para la amada Patria, para la República fundada por sabios y fecundada con sangre de héroes y de mártires. Hé ahí el creador de nuestra cultura intelectual, el maestro de todos nuestros maestros, el bienhechor de los indígenas, el padre de los huérfanos, la providencia visible de los pobres. Hé allí el hombre que, en las Constituciones que estrecha contra el corazón, realizó el ideal de una República cristiana, con régimen electivo, con distinción sabia de poderes, con amplia libertad para lo bueno, con responsabilidades efectivas; con la santa igualdad que no consiste en abatir á los grandes para ponerlos al nivel de los ruines, sino en elevar á los pequeños hasta la excelsitud de los mayores.

La Nación colombiana está de plácemes; esta fecha se contará entre nuestras efemérides de gloria. Hemos alzado un monumento á un varón muerto hace dos siglos y medio, nacido fuera del territorio patrio y alistado en orden monástica mendicante. No fue hombre de guerra, ni llevó en su cuerpo las cicatrices del combate, ni en la frente los cruentos laureles de la victoria; no fue fundador, ni jefe, ni soldado de ningún partido político; no dejó en nuestro suelo ni deudos ni parientes.

Y sin embargo, se erige hoy la estatua del Arzobispo Torres, cuando aún no existen ni la de Nariño, el precursor de la Independencia, ni las de Caldas, el sabio; Torres, el jurisconsulto insigne; Ricaurte, el héroe legendario. Y se erige por contribución voluntaria de los que nos llamamos no alumnos, sino hijos del Colegio; hombres de opuestas opiniones, dispersos en el ámbito extensísimo de la Patria.

¡Oh, ved cuán hermosa es la figura de nuestro amado padre! La cabeza erguida, la firme mirada propias del hombre nacido para el mando; la espaciosa frente, abultada como si no alcanzara á contener sin esfuerzo la grandeza del pensamiento; el rostro demacrado, ascético del sabio y del penitente, la fina, dulce boca, de donde parece que van á fluír los torrentes de elocuencia con que asombró la corte de los Felipes. Viste el amplio y airoso hábito de los Predicadores, tan semejante á la romana toga; el que llevaron Domingo de Guzmán, Tomás de Aquino, Soto y Victoria. Pende del cíngulo el rosario, que da su nombre á nuestro Instituto, y es símbolo de la devoción predilecta de nuestras madres de la tierra, predilecta de nuestra celestial Madre María. Oprime Fray Cristóbal contra el pecho el volumen intangible de nuestras Constituciones, que nadie ha violado impunemente, y extiende la diestra, descarnada, aristocrática, supremamente bella, como para proteger á los jóvenes que se educan á la sombra del Claustro, para amparar el Colegio, para bendecirlo, en nombre de Dios, desde la gloria.

El ciudadano respetable que me acaba de preceder en esta tribuna, autor primero del pensamiento de levantar estatua á nuestro Fundador; el Dr. Esguerra, que principió la vida como discípulo en estas aulas, y ha venido hoy, antes de rendir la jornada, á enseñarnos como maestro, os ha dicho, como no acertaría yo á decirlo jamás, quién fue el varón egregio en cuyo honor nos hemos congregado.

No pretendo añadir cosa alguna á sus palabras: he venido para desahogar el corazón, para rendir votos de gratitud, para ensayar un himno triunfal á nuestro Colegio y á sus hijos.

Dejadme que envíe, desde este lado de los mares, un saludo de parabienes á la vieja España, patria educadora de Fray Cristóbal de Torres, primero madre cariñosa nuéstra, valiente contendora después, ahora hidalga amiga de Colombia. Hoy he visitado en espíritu los vetustos claustros del convento de San Pablo de Burgos; he penetrado con hondo respeto á las venerandas aulas salmantinas, parándome al pie de la cátedra de Domingo de Soto, y tratado

de adivinar el sitio de un joven dominico, á quien amo con filial y encendido cariño.

Después he vagado por estos mismos amplísimos corredores, mirando con la mente los primeros quince colegiales, "lo más granado de la nobleza secular de este Reino," y los he visto crecer, sentarse más tarde en la silla rectoral, ilustrar el Capítulo metropolitano con sus virtudes y á la naciente Colonia con profunda ciencia en lo humano y lo divino.

Saludemos, al correr de los tiempos, á Miguel Masústegui, que deja en vida al Colegio sus cuantiosos haberes; á Fernando Caycedo, que reedifica á su costa aquella ala del Claustro, destruída por los terremotos, y trae á la Capilla las cenizas del Fundador augusto.

Pero, ved! Entra por la puerta mayor un sacerdote, de tostada tez, de grave continente. Es aquel apellidado por Linneo "nombre inmortal que ninguna edad será poderosa á borrar," el amigo de Humboldt, el mayor sabio de España y uno de los primeros de Europa en el siglo décimo octavo: D. José Celestino Mutis. Penetra á aquella aula, siéntase en la cátedra: sus alumnos se llaman Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Joaquín Camacho, José Gregorio Gutiérrez, Crisanto Valenzuela y muchos más de nombres igualmente ilustres. Los discípulos, corriendo el tiempo, se trocaron en compañeros del egregio maestro, en miembros de la Expedición Botánica memorable.

¿Cuándo tornarán al dulce nido del alma? ¿Cuándo volverán á sus aposentos de colegial, y se postrarán de nuevo ante el amado altar de la capilla? Ya han regresado: Morillo, el Pacificador, ha convertido el Colegio en prisión; las celdas, en calabozos. A uno de los colegiales le toca hoy el turno; mañana, á otro. Ante la imagen de la Bordadita, que oyó sus plegarias de niños, recitan ahora las preces de los agonizantes; reciben el Viático sagrado en el mismo lugar donde antes la primera comunión; y, al sonar la hora, descienden por aquella escalera, tristes, como todo espíritu superior ante las injusticias humanas; serenos, como quien marcha al cumplimiento del deber; graves, como quien se prepara al acto más importante de su vida. Porque sólo hay una cosa más grande que consagrarle la vida á la Patria, y es morir por ella.

Joaquín de Cayzedo escribió con su sangre la primera página del martirologio de la libertad; otros colegiales perecieron en el cadalso, al pie de los muros de Cartagena, la ciudad cuatro veces heroica; Cabal, en la plaza de la noble Popayán; D'Elhuyart, el héroe de Puertocabello, se ahogó en alta mar, y Girardot recibió un balazo en la frente, al clavar, en Bárbula, la bandera tricolor en lo alto de las trincheras enemigas.

No sé si más afortunados, colegiales como Maza, el ángel exterminador de las huestes realistas, después de agrio luchar oyeron las dianas que celebraban el triunfo de Boyacá, el cañón que anunciaba la final victoria de Ayacucho. Otros, no militares, devoraron las asperezas del presidio, las soledades del destierro, y tornaron á sentarse en las cátedras del Rosario, y emprendieron la ruda tarea de organizar la República, dejando tesoros de sabiduría y altos ejemplos de honor para enseñanza de las generaciones venideras.

Y hoy, al cabo de doscientos cincuenta y seis años de fundado, el Colegio del Rosario subsiste. De que vive y palpita, de que conserva, á lo menos, la memoria en la mente y la gratitud en el corazón, dan testimonio esta imponente fiesta, este monumento glorioso.

¿En qué consiste semejante perdurar milagroso al través de épocas y en una tierra de incesantes mudanzas? En que Fray Cristóbal infundió á su Colegio el espíritu católico romano, que es el principio de vida, la forma sustancial de nuestras Constituciones; y todo cuanto recibe la savia de la Iglesia de Cristo queda tocado de eternidad; en que nos dio por patrona á la Virgen María en su advocación

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

del Rosario, y María es madre, y madre que no consiente en que se disuelva su hogar y se dispersen huérfanos sus hijos; en que nos legó Estatutos fundados en la libertad cristiana, y la libertad que Cristo trajo al mundo es inmortal; en que dispuso que su Colegio fuera "Seminario de la doctrina de Santo Tomás de Aquino"; "del más sabio entre los santos, del más santo entre los sabios"; de aquel cuyas doctrinas han venido á comprobarse con los maravillosos descubrimientos de las ciencias físicas modernas; del que adivinó, en el siglo XIII, el sistema político actual de la Gran Bretaña; llamó á los gobernantes "los encargados del cuidado de la comunidad"; definió la ley "ordenación de la razón," hizo dimanar la designación de los magistrados del querer nacional, anatematizó la tiranía, santificó el derecho y glorificó la humana razón, apellidándola "participación de la luz divina en nosotros."

Nuestras Constituciones respiran de tal modo á Santo Tomás, están tejidas de tal suerte de sentencias y máximas del Angélico Doctor, que todo el que ha pasado por aquí tiene mucho de tomista, acaso sin saberlo ó sin quererlo.

¡Gracias sean dadas á Dios omnipotente, á quien Fray Cristóbal las tributaba humilde, "porque le había concedido la voluntad de fundar este Colegio!" ¡Gloria y adoración á Cristo, Verbo de Dios, maestro de toda verdad, origen de todo bien! ¡Alabanza y amor á la Virgen del Rosario, á nuestra dulce Bordadita!

¡Bendita la memoria de los varones preclaros, hijos de este Claustro! ¡Vivan siempre en la memoria de todo colombiano los nombres y los hechos de todos los próceres nuestros padres, libertadores y fundadores de la República!

Reciban, en mi nombre y en el del Claustro actual, homenaje de gratitud los distinguidos caballeros, hijos del Colegio, que formaron la Junta encargada de levantar el monumento, y recíbalo la ilustre memoria del que fue Rector de este Instituto, hermano de mi padre, por la dulce

intimidad cristiana que hubo entre ellos, amigo afectuoso del que os habla; gloria, en fin, de las letras y de la poesía (1).

Noblemente satisfechos han de estar los hijos del Rosario que, con sus fondos, costearon esta obra de justicia. Unos están aquí presentes; otros, muy lejos, diseminados en todo el patrio territorio. Los abrazo con fraternal afecto.

Llegue, á través de los mares, el eco de universal aplauso al artista que supo animar este bronce glorioso, en la insigne tierra catalana.

Recibid mi saludo reverente, los que representáis aquí los poderes de la Iglesia y los del Estado y nos habéis honrado con vuestra presencia. Recíbanlo los caballeros que han dado importancia, al congregarse aquí, á nuestra fiesta, y las damas que la han embellecido.

El bronce, en los planes del hombre, sirve para perpetuar la memoria de los grandes; pero el tiempo corre, toca las estatuas, las atierra primero, y las reduce á polvo en seguida. Y cuando de ésta que hoy hemos levantado no queden ni fragmentos, subsistirá íntegra la figura de Fray Cristóbal de Torres, en la memoria, en el respeto, en la gratitud de las generacianes de entonces.

Y hasta entonces vivirá nuestro Claustro, si nunca bastardeamos de nuestro origen glorioso, si no renunciamos á la independencia y á las Constituciones del Colegio, si le conservamos al alma católica y tomista, el amor á la Patria, el entusiasmo por la República.

Dios está con nosotros, Dios lo quiere; la Madre de Dios nos protege bajo la sombra de su manto.

(1) Don José Manuel Marroquín.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico